



1 Liberal COMENTARIOS 7-XI-23

NIARQUINISMO

Niarquin—preferimos escribirlo así, a no *niar-kin*, como lo hemos visto, pues la *k* nos es una letra antipática—, *niarquin* es una bonita palabra japonesa. Niarquin es un término del juego de ajedrez japonés, y corresponde a lo que entre nuestros jugadores es el peón que llegando a una de las últimas casillas del campo enemigo logra la función y el juego de reina a dama. Y los japoneses designaron con ese nombre, el del peón de ajedrez que llega a reina, a los allí llamados nuevos ricos, a los que improvisaron una fortuna con los beneficios extraordinarios que les procuró la guerra.

Pero a nosotros nos place proponer el bonito término japonés de *niarquin*, no para los hace aún poco llamados nuevos ricos—muchos de los cuales son ya pobres de nuevo—sino para los caciques de pasado mañana, para los que dentro de algún tiempo, cuando pase esta ventolera de cernido, serán los nuevos caciques, los caciques que han de sustituir a los derrocados. Porque aunque se descuaje ahora de España el caciquismo—lo que dudamos mucho que a pesar de toda voluntad se logre—, no se le desarraigará. No hay decreto que llegue a las raíces del caciquismo.

Y el caciquismo de pasado mañana, del régimen normal que sustituya a esta interinidad, el *niarquinismo*—llámémosle así—está ya germinando.

Sabemos de alguna región en que los grandes terratenientes, los latifundarios, los que se sirvieron del antiguo caciquismo, que era un instrumento a su servicio, están excitando a sus colonos y montaraces, a sus servidores, a que se armen entrando en el Somatén. Y es de creer que traten de formar, a base de éste, un nuevo caciquismo.

Porque cualquiera que conozca algo de la vida de nuestros campos, no caerá en la inocencia de suponer que se organice, si es que se organiza, el Somatén en éstos para destruir el caciquismo, sino todo lo contrario: para restau-

rarlo y corroborarlo.

En las ciudades, en estas ciudades de Castilla, es difícil que prenda el Somatén, institución que carece de tradición y cuya utilidad no ven los más, ya que creen que con la Guardia civil y la de Seguridad está más que garantido el orden. Y es difícil encontrar cuarenta ciudadanos que se decidan a desfilar en un día dado ante cuatrocientos que les miran curiosos y sonrientes. Esta es la verdad del hecho. Pero en el campo es otra cosa.

Sabemos de algún pueblecillo rural en que los ricos se resisten a armarse, para no provocar la enemiga de los pobres. En muchos lugares no hay más división política que la de pobres y ricos. Los pobres ni son sindicalistas ni son nada en tal sentido; pero no pueden ver con buenos ojos que sus amos se armen. Creen, y con razón, que la fuerza armada no debe estar al servicio de una clase, y que es injusto que se armen los amos y sus criados, dejando inermes a los asalariados libres.

No; el caciquismo no se desarraiga con tales procedimientos, por buena intención que se ponga en ello. Se sustituye a un caciquismo con otro. Y nos tememos mucho que el futuro caciquismo, el que surja cuando haya pasado esta situación de fuerza, el *niarquinismo*, será mucho peor que el pasado. Será menos inteligente, y cuidado que el pasado—¿pasado?—lo era bien poco. Las mismas fuerzas sociales, la misma clase plutocrática, que se servía del caciquismo de ayer, se servirá del *niarquinismo*. Y si los caciques a que se trata de escardar ahora necesitaban valerse de mañas y astucias, ejercitando el ingenio para conservar su favor, los caciques de pasado mañana, los *niarquines*, no necesitarán sino apoyarse en la fuerza. Y la guerra civil, siempre latente en nuestros pueblos, adquirirá unos caracteres peores que los que tenía.

Y es que en el fondo la crisis moral de España no es crisis de autoridad; es crisis de inteligencia. De lo que hay que redimir a nuestro pueblo es de su espíritu de servidumbre. Y esto sólo se cura con libertad, única garantía de justicia y de cultura.

MIGUEL DE UNAMUNO

